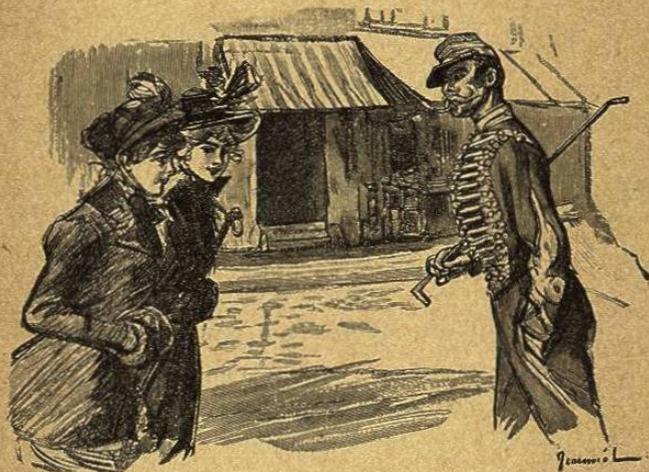




LA CAMA NÚMERO 29

CUANDO el capitán Epivent pasaba por la calle, todas las mujeres volvían la cabeza para verle. Ofrecía el verdadero prototipo del gallardo oficial de húsares. Por esto se pavoneaba y estiraba, siempre orgulloso y preocupado por sus movimientos, por sus formas, por sus bigotes. Y eran admirables en verdad sus bigotes, sus formas y sus movimientos. Los bigotes del capitán eran rubios, abundantes y largos, rizándose á uno y otro lado de la boca, para rematar en dos guías pronunciadas y gruesas; la cintura era delgada, como si llevase corsé, mientras el abultado pecho, masculino, ancho y saliente, denotaba fuerza y vigor; las piernas, de admirable corrección, parecían las de un gimnasta ó de un bailarín, dibujando su perfecta musculatura en todos los movimientos á través del pantalón rojo, ajustado

Andaba con ese balanceo propio de los jinetes, que separan las piernas y los brazos meciendo el torso; ese balanceo que da un aire conquistador al uniforme y hace más vulgar una levita.



Como no pocos militares, el capitán Epivent vestía malamente de paisano. Envuelto en un traje gris ó negro, parecía un dependiente de comercio. Pero de uniforme, triunfaba. Tenía una hermosa cabeza; la nariz, corta y fina; los ojos, azules; la frente, estrecha. Era calvo, sin haberse podido explicar nunca las causas de que se le cayeran los cabellos. Consolábase pensando que, teniendo grandes bigo-

tes, no hace mala figura un cráneo algo desnudo. Despreciaba en general á todo el mundo; pero tenía varios grados en su desprecio.

Desde luego para él no existían los burgueses. Los miraba como se miran los animales domésticos, y no les concedía más importancia que á los gorriones y á las gallinas. Solamente los militares eran personas atendibles; pero no sentía por todos igual estimación. No respetaba más que á los buenos mozos, creyendo que la sola virtud militar era la arrogancia. Imaginábase al soldado, forzudo, emprendedor y resistente, ¡qué demonio!, un hombre creado para enamorar y pelear. Clasificaba los generales del ejército francés por su estatura, por su porte, por el aspecto rudo y áspero de su rostro. A Bourbaki le juzgaba el mayor guerrero de los tiempos modernos.

Reía mucho de los oficiales de infantería, bajos y gruesos, que resoplan andando; pero, sobre todo, sentía un invencible desprecio, rayano en repugnancia, por los pobres diablos, enclenques, salidos de la Escuela Politécnica, esos hombrecitos flacos y con lentes, encogidos y desgachados, que son tan propios para vestir el uniforme como los conejos para decir misa—en opinión del capitán—. Y le indignaba que se tolerasen en el ejército esos

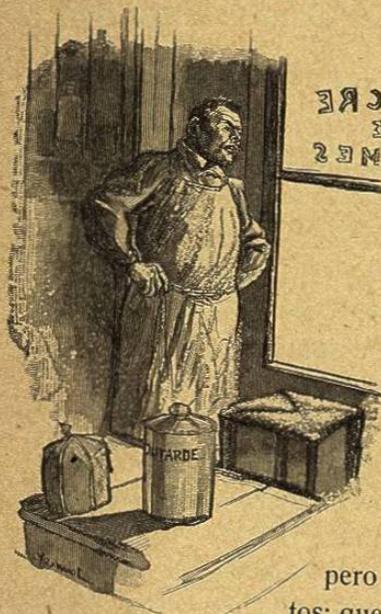
abortos, con las piernas delgadas, que andan como langostinos, que no beben alcoholes, que apenas comen, y que son más aficionados á las ecuaciones que á las mozas.

El capitán Epivent era un conquistador famoso, y triunfaba entre el bello sexo.

Cada vez que cenaba en compañía de una mujer, estaba seguro de pasar la noche con ella en dulce aventura; y si obstáculos invencibles lo impedían de momento, no dudaba de hallar «la continuación en la noche siguiente». Sus compañeros le ocultaban sus queridas, y los comerciantes de tienda que tenían mujeres hermosas le conocían, le temían y le odiaban rabiosamente.

Cuando pasaba el capitán, las tenderas cambiaban con él, involuntariamente, á través de los cristales del escaparate, una de esas miradas más significativas que las frases amorosas, una de esas miradas reveladoras de una pregunta y de una respuesta, de un deseo y de una confesión. El marido, instintivamente avisado y receloso, levantaba la cabeza para clavar los ojos irritados en el perfil correcto y arrogante del capitán; y cuando éste se alejaba, satisfecho de la impresión que producía, el comerciante, revolviendo nerviosamente los objetos que tenía delante, murmuraba:

—¡Cuándo acabaremos de mantener gandules! No saben más que pavonearse, arrastrando el sable. Yo, prefiero un carnicero á un militar; si lleva san-



gre en su blusa, es sangre de animales; desempeña un oficio útil y su cuchillo no está destinado á matar hombres. No comprendo cómo se tolera en los paseos á los enemigos de la humanidad, luciendo, pendientes de su cintura, las mortíferas armas. Es preciso que haya militares, ya lo sé;

pero que los tengan ocultos; que no los vistan, como en una mascarada, con pantalones rojos y chaquetillas azules y doradas. ¿Los verdugos llevan uniforme?

La mujer, sin contestar, encogíase de hombros, mientras el marido, adivinando este movimiento sin verlo, proseguía:

—Es necesario ser muy estúpido para entusiasmarse con esas mojigangas.

La fama de conquistador que había logrado el capitán Epivent, era conocida en todo el ejército.

*
**

Hacia 1868, estaba con su regimiento, el 102 de húsares, de guarnición en Rouen.

Pronto se dió á conocer en la ciudad. Iba todas las tardes, á eso de las cinco, al café de la Comedia, en la carrera de Boiëldieu, á tomar el ajeno; pero antes de entrar en el café, daba un paseo por las calles para lucir su figura, su marcialidad y sus bigotes.

Los comerciantes, que paseaban también, con las manos cruzadas á la espalda, preocupados en sus negocios y hablando del alza y de la baja, le miraban al pasar, murmurando:

—¡Caramba! Qué figura tan arrogante.

Algún tiempo después, cuando le conocieron, decían:

—¡El capitán Epivent! Un gallardo mozo.

Las mujeres, al verle, hacían con la cabeza un movimiento particular, una especie de estremecimiento pudoroso, como si se hallaran débiles para resistirle, ó desnudas en su presencia. Bajaban los

ojos, dibujando una ligera sonrisa en los labios, con el deseo de parecerle agradables y de sentir sobre su cuerpo la mirada del capitán. Cuando éste paseaba con algún compañero, el compañero no dejaba de murmurar con manifiesta envidia, cada vez que se repetía igual maniobra:

—Ese maldito Epivent es muy afortunado.

Las mujeres entretenidas luchaban con encarnizamiento á ver cuál de ellas le conquistaría. Todas iban á la carrera de Boiëldieu á las cinco, la hora de los militares, de dos en dos, luciendo sus vestidos, arrastrando sus colas, mientras que, de dos en dos, tenientes, capitanes y comandantes, arrastraban sus sables antes de meterse en el café.

Pero una tarde, la encantadora Irma, cuyos lujos cargaban en las cuentas del señor Templier-Papou, rico fabricante, hizo parar su coche frente al café de la Comedia, y apeándose con la excusa de encargarse en la tienda del grabador Paular papel de cartas y tarjetas de visita, lanzó al capitán Epivent una mirada, que decía: «cuando usted quiera», tan claramente, que el coronel Prune, saboreando una copa de Chartreuse, no pudo aguantarse, y le dijo á su teniente coronel:

—¡Demonio! Ese mozo tiene mucha suerte.

La frase del coronel fué repetida, y el capitán,

orgullosa del concepto emitido por su jefe, al día siguiente pasó varias veces bajo las ventanas de la hermosa.

La cual, viéndole, asomóse y sonrió.

Al anochecer, el capitán era el amante de Irma.

Se lucieron el uno al otro; se comprometieron mutuamente, satisfechos los dos de su aventura. En la ciudad no se hablaba de otra cosa, y aquellos amoríos eran asunto de todas las conversaciones. Sólo el señor Templier-Papon los ignoraba.

El capitán Epivent mostrábase radiante de gloria, y á cada momento repetía:

—Irma dijo anoche...

—Acaba de indicarme Irma...

—Comiendo ayer con Irma...

Durante más de un año desplegó con orgullo sobre Rouen aquellos amores como una bandera ganada al enemigo. Aquella conquista le había endiosado; estaba más seguro de su porvenir, de alcanzar la condecoración tan deseada; todo el mundo tenía los ojos fijos en él, y para él era muy agradable sentirse admirado.

*
* *

Pero estalló la guerra, y el regimiento del capitán salió á campaña. Las despedidas fueron muy tristes. Duraron toda una noche.

El sable, los pantalones rojos, el quepis, el dormán juntos en el respaldo de una silla, cayeron al suelo; vestido, enaguas, medias de seda, cayeron también, mezclándose con las prendas del uniforme, todo en desorden. Irma, desolada, con el pelo destrenzado, enlazando entre sus brazos el cuello del capitán, desesperadamente, oprimiéndole frenética; luego le dejaba, y, llorando, se retorció en el suelo; tiraba los muebles; arrancaba los flecos de las butacas; mordía las guarniciones, mientras el capitán, muy conmovido, pero inhábil para consolarla, repetía:

—Irma, cielo mío, ten calma, es forzoso.

Y de vez en cuando se frotaba los ojos para enjugar una lágrima.

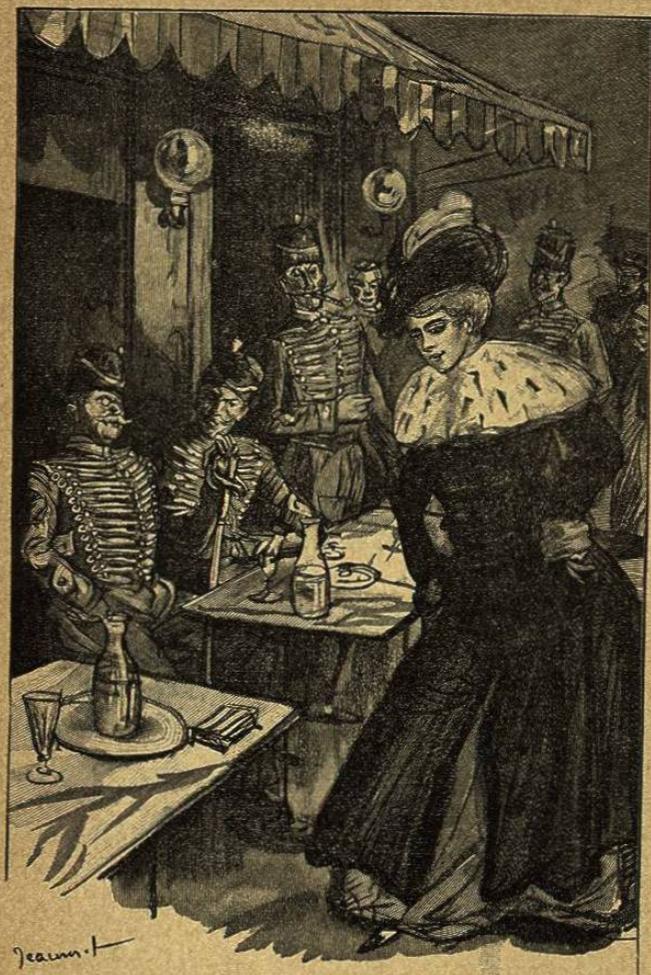
Separáronse al amanecer. Ella siguió en coche á su amante hasta el primer alto. Allí le besó por última vez, casi en presencia de todo el regimiento. Lo cual produjo una impresión admirable; los camaradas, felicitando al capitán, le decían:

—¡Bravo! Es una mujer de corazón.

Rebosaba en todas aquellas manifestaciones una especie de patriotismo y de orgullo de clase.

*
* *

El regimiento combatió mucho durante la campa-



ña. El capitán obtuvo, con su comportamiento heroico, la condecoración apetecida, y al terminar la guerra, volvió de guarnición á Rouen.

Al punto quiso tener noticias de Irma; pero nadie supo dárselas concretas.

Según unos, había corrido muchas aventuras con el Estado Mayor prusiano.

Según otros, habíase retirado á casa de sus padres, labradores de las cercanías de Ibetot.

El capitán hizo que su ordenanza viese en la alcaldía el registro de las defunciones. El nombre de su querida no estaba entre los de los muertos.

Sentía mucha tristeza, y no la ocultaba. Culpan-do al enemigo de su amorosa desgracia, y atribuyendo á los prusianos que habían invadido Rouen la desaparición de Irma, clamaba:

—Ya me lo pagarán esos miserables en la próxima guerra

Pero una mañana, cuando entraba en el comedor, á la hora de almorzar, un mandadero anciano, con blusa y gorra charolada, le dió una carta. El capitán abrióla y leyó:

«Adorado mío: Estoy en el Hospital, muy enferma. ¿No quieres verme? Sería un placer grande para tu IRMA».

El capitán palideció, emocionado, profundamente compadecido, y exclamó:

—¡Vive Dios! La pobrecita... Iré á verla inmediatamente.

Y mientras almorzaban, refirió á sus compañeros que Irma estaba en el Hospital; pero que la sacaría él de allí. Los prusianos tenían la culpa de todo. Ella debió encontrarse abandonada, sola, sin dinero, miserable, porque seguramente la despojaron de sus muebles y de sus joyas.

—¡Ah, los canallas!

Todos se emocionaban oyéndole.

Apenas hubo metido en el aro su servilleta arrollada, levantóse, recogió el sable, que había dejado en la percha, y echando el pecho fuera para reducir su cintura lo más posible, abrochó su cinturón, y se fué precipitado hacia el Hospital civil.

Pero le detuvieron á la puerta del establecimiento donde pensaba entrar de rondón, y vióse obligado á recurrir al coronel y darle cuenta de lo que sucedía, para que le recomendase al director del Hospital.

Este, después de hacer aguardar en la antesala mucho rato al arrogante capitán, le firmó un permiso, entregándoselo fríamente, acompañado de un desapacible saludo.

El capitán, desde la puerta, sentíase molesto en aquel asilo de la miseria, del dolor y de la muerte. Un mozo de servicio le guió.

Andaba de puntillas para no hacer ruido, atravesando largos pasadizos impregnados con hedores de moho, de enfermedad y de medicamentos. De cuando en cuando, un murmullo de voces turbaba el profundo silencio del Hospital.

Por algunas puertas abiertas, el capitán veía los dormitorios: muchas camas alineadas, cuyas ropas indicaban la forma de los cuerpos. Algunas convalecientes, sentadas junto á la cabecera, cosían, vestidas con el uniforme de tela gris y tocadas con una cofia blanca.

De pronto, su guía se detuvo ante una sala llena de enfermas, y en cuya puerta se veía, puesto con grandes letras, este rótulo: «Sifilíticas». El capitán se estremeció; luego ruborizóse. A la entrada, una enfermera preparaba un medicamento sobre una mesita.

—Yo acompañaré á usted. Es el núm. 29—dijo la enfermera.

Y echó á andar delante del capitán.

Luego añadió, señalando á una cama:

—Es aquélla.

No se veía más que un envoltorio de ropa; la

cabeza estaba también oculta bajo las sábanas.

En todas las camas alzábanse de los almohadones rostros pálidos, asombrados, que miraban el uniforme; rostros de mujeres, jóvenes ó viejas, que parecían todas horribles y vulgares bajo la humilde toca reglamentaria.

El capitán, que tenía su quepis en una mano y sujetaba el sable con la otra, muy turbado, murmuró:

—¡Irma!

Un rápido movimiento alzó las ropas de la cama, y apareció la cabeza de la moza, con las facciones tan fatigadas, tan descoloridas, tan flacas, tan cambiadas, que su amante no la reconoció.

Ella, jadeante, abrumada por la emoción, dijo:

—Alberto, Alberto... ¡Eres tú! ¡Ah!... Sí, sí, ¡eres tú! Y brotaron lágrimas de sus pobres ojos.

Acercó una silla la enfermera:

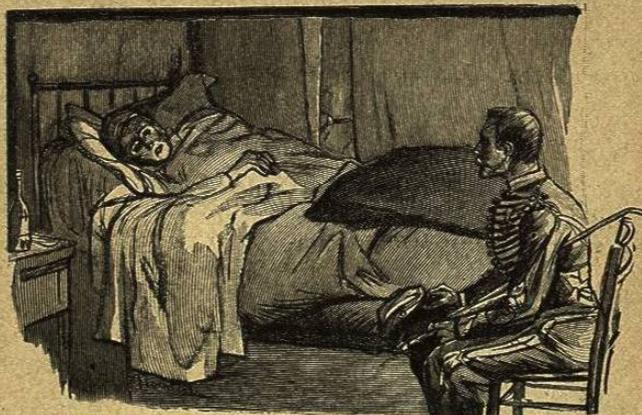
—Siéntese usted, caballero.

Sentóse el capitán, mirando el rostro pálido y macilento de aquella mujer, á la que había dejado hermosa y fresca, y preguntóla:

—¿Qué has tenido?

Ella respondió llorando:

—Ya lo sabes, ya lo viste; lo dice claro el rótulo de la puerta.



Y escondió sus ojos bajo la sábana.

El capitán prosiguió, confuso, avergonzado:

—¿Y cómo has tenido eso?

Ella murmuró:

—Los cochinos prusianos. Me violaron y envenenaron mi sangre.

El no supo ya qué decir, y la miraba, haciendo girar el quepis sobre sus rodillas.

Las otras enfermas continuaban con los ojos puestos en él. Sentíase un hedor de podredumbre, de carne corrompida, un ambiente de infamia, en aquel dormitorio rebotante de mujeres atacadas por la enfermedad asquerosa y terrible.

Irma dijo:

—De ésta no salgo. El médico supone que la cosa es muy grave.

Luego, reparando en la condecoración que lucía en el pecho del oficial, exclamó:

—¡Ah! Ya tienes lo que deseabas; ¡me gusta! ¡Me gusta mucho! ¡Si yo pudiera besarte!...

Un estremecimiento de terror y de asco circuló por la piel del capitán á la sola idea de un beso.

Sólo deseaba salir de allí, respirar el aire libre, no ver á la moza; y, sin embargo, no se levantó, no sabiendo cómo despedirse. Después de un silencio angustioso, dijo:

—No te cuidaste, sin duda.

Irma, con los ojos encendidos, repuso:

—No; quise vengarme, aun á riesgo de morir. Y me vengué, pudriendo la sangre de muchos, de los más que pude. Mientras hubo prusianos aquí no me quise poner en cura.

El capitán, algo turbado y hasta cierto punto satisfecho, dijo:

—Hiciste bien, hiciste bien.

Ella, animándose, con los pómulos enrojecidos, prosiguió:

—Muchos morirán por mi causa, muchos. Yo te aseguro que mi venganza cayó sobre muchos.

El capitán levantóse, diciendo:

—Mejor que mejor.—Y después de un silencio: —Te dejo, porque me aguarda el coronel á las cuatro.

Ella, muy emocionada, exclamó:

—¡Tan pronto! ¡Me dejas tan pronto! ¡Si acabas de llegar!

El estaba decidido á irse á todo trance.

—Ya ves cómo vine al momento; pero es indispensable que á las cuatro me presente al coronel.

Irma preguntó:

—¿Es el mismo coronel Prune?

—Sí, el mismo. Le hirieron dos veces.

—Y de tus compañeros, ¿han muerto muchos?

—Muchos. Saint-Timon, Savagnat, Poli, Sapreval; Robert, de Courson, Parafil, Santal, Caravan y Pivrint, han muerto; Sahel quedó manco, y á Courvoisin hubo que amputarle una pierna; Paquet ha perdido el ojo derecho.

Ella le oía, interesándose mucho; luego, de pronto, balbuceó:

—Bésame antes de irte; ahora que la enfermera no mira.

Y él, á pesar de la repugnancia que sentía, puso en aquella frente pálida sus labios contraídos por el terror, mientras ella, enlazándole con los bra-

zos, locamente, besaba el paño azul de su dormán.

Irma preguntó:

—¿Volverás, dime, volverás? Prométeme que volverás.

—Sí, te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿El jueves?

—El jueves.

—A las dos.

—Bien; el jueves á las dos.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

—Hasta el jueves, amor mío.

—Adiós.

Y se fué, abrumado por las miradas de todas las enfermas, encogiéndose para no ser tan visible.

Cuando estuvo en la calle, respiró.

*
**

Por la noche, sus camaradas le preguntaron:

—¿Qué le ocurre á Irma?

El respondió, avergonzado:

—Tiene un catarro pulmonar, está muy grave.

Pero un teniente joven, sospechando alguna cosa, informóse, y al día siguiente, cuando el capitán entró en el comedor, fué recibido con una descarga de bromas y risas. Todos se vengaban al fin.

Súpose que Irma tuvo escandalosas relaciones con todo el Estado Mayor alemán; que recorrió toda la comarca en compañía de un coronel de húsares azules, y con otros muchos, y que la llamaban, por sus excesos, «la mujer de los prusianos».

Durante ocho días, el capitán fué la víctima del regimiento. Recibía por el correo interior referencias de médicos especialistas, recetas y hasta medicamentos indicados contra la enfermedad terrible.

Y el coronel, enterándose de todo, le dijo en tono severo:

—Bien, capitán; le felicito á usted por sus honrosas amistades.

A los doce días recibió una carta de Irma. La infeliz le rogaba que la viese; pero él, rompiendo la carta, no contestó.

Transcurrieron ocho días más, y ella volvió á escribir, avisándole que se moría sin remedio, y le rogaba que la viese por última vez.

Tampoco respondió el capitán.

Pasados algunos días, recibió la visita del capellán del Hospital. Irma Pavolín, agonizando, le suplicaba que la viese.

No se atrevió á negarse, y fué con el sacerdote;

pero entró en el Hospital rabioso, con la vanidad herida y el orgullo humillado.

No viéndola muy cambiada, pensó que le había engañado.

—¿Qué pretendes?

—Nada más decirte adiós... Voy á morir...

Pero él no lo creía.

—Por tu causa estoy siendo la burla de todos; no es posible continuar así.

Ella preguntó:

—¿Qué hice? ¿Cómo pude molestarte?

Irritóse mucho el capitán al sentir que le faltaba una razón poderosa para justificarse.

—No volveré; no pienses que vuelva; no cuentas conmigo; no me hagas con tus recados la mofa del regimiento.

Ella le contempló con sus ojos apagados, en los que asomaba la cólera, diciendo:

—¿Cómo pude molestarte? ¿No fui siempre amante y generosa contigo? ¿Te pedí algo ni una sola vez? Sin ti, aún seguiría tan agasajada por Templier-Papon, en lugar de verme como ahora me veo. Si alguno de los dos puede reprochar algo, no eres tú; no eres tú. Yo sí...

El interrumpió violentamente:

—Nada te reprocho; pero no puedo seguir visi-

tándote, porque tu comportamiento con los prusianos ha sido una vergüenza para toda la ciudad.

Sacando fuerzas de flaqueza, Irma incorporóse:

—¿Mi comportamiento con los prusianos? ¿No te dije que me violaron, que no me curé para vengarme? No me curé para pudrirlos á todos. Si yo hubiese querido cuidarme, no era difícil; pero más que mi salud me interesaba mi venganza; quise pudrirlos, matarlos, y he matado á muchos...

El capitán seguía de pie, y dijo:

—Bien, sí ..; pero no deja de ser vergonzoso.

Ella, sofocada y furiosa, repuso:

—¿Vergonzoso morir para exterminar á los enemigos? Dime... No hablabas como ahora cuando me conociste... ¡Ah! ¡Vergonzoso! Y te dieron una condecoración... ¡Yo la gané más que tú; hice más víctimas que tú; he matado más prusianos que tú!

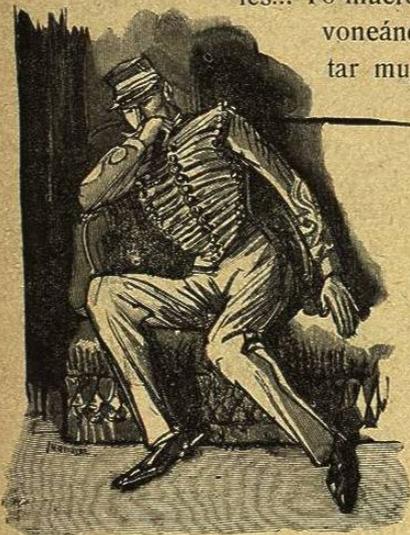
El permanecía frente á Irma, dominado por violenta excitación.

—¡Cállate! ¡Calla! Ciertas cosas... no permito... No puedes hablar de ciertas cosas...

Pero ella, sin atenderle, proseguía:

—¡Mucho hicisteis vosotros contra los prusianos! ¿Me ocurriera nada si vosotros hubierais evitado que llegaran á Rouen? Contesta. Vosotros debíais impedir que llegaran. Y como no supisteis detener-

los, yo les hice más daño; yo, sí: les hice más daño con esa enfermedad, que vosotros con los fusiles... Yo muero, y tú sigues pavoneándote para conquistar mujeres...



En todas las camas alzábanse cabezas descoloridas, fijando los ojos asombrados en aquel militar que tartamudeaba, confundido bajo el peso de una irresistible acusación.

— ¡Cállate!...

No puedes hablar... No sabes... ¡Calla!...

Pero ella, sin atenderle, seguía vociferando;

— ¡Ah! ¡Sí! Eres un buen mozo; ¡un figurín! Te conozco bien; te conozco bastante. Para lucirte, para enamorar... ¡bueno! ¡Contra las mujeres! Pero contra el enemigo. . ¡nada! ¿Qué daño les hicisteis? Llegaron aquí por vuestra culpa... Yo causé más víctimas á los prusianos que todo tu regimiento... Vete... ¡Marica!

Se fué huyendo precipitadamente, pasando entre las dos filas de camas, donde se revolvían las sifilíticas; y en sus oídos vibraba la voz terrible de la moribunda:

— He matado más que tú..., más que tú..., más que tú...

Bajó en cuatro brincos la escalera, y al llegar á su casa encerróse en su cuarto.

Al día siguiente supo que Irma había muerto.

